

al arbitrio de los Macedonios que le cercaban el que declarasen cuál era mas justa. Porque Antígono hacia al principio alguna mencion de los reyes por cumplimiento, y por lo demas referia á sí mismo todo el juramento; y Eumenes puso en primer lugar á Olimpiada con los reyes; y despues juró que abrazaria los mismos intereses y tendria á los mismos por amigos y por enemigos, no respecto de Antígono solamente, sino respecto tambien de Olimpiada y de los reyes. Túvose esto por lo mas justo, y haciendo los Macedonios que bajo esta fórmula jurase Eumenes, levantaron el sitio, y enviaron mensajeros á Antígono para que prestara igual juramento á Eumenes. Luego que este se vió libre, restituyó los rehenes de los Capadocios que tenia en Nora, recibiendo de los que se entregaban de ellos, caballos, acémilas y tiendas. Reunió al mismo tiempo de sus antiguos soldados á cuantos habiéndose dispersado en la fuga andaban errantes por el pais: tanto que llegó á juntar poco menos de mil hombres de á caballo, con los cuales desapareció y huyó, temiendo con razon á Antígono: porque no solo dió orden de que volvieran á sitiárle, restableciendo las trincheras, sino que contestó ásperamente á los Macedonios por haber admitido la correccion del juramento.

Mientras así andaba fugitivo Eumenes, le llegaron cartas de los que en Macedonia temian los adelantamientos de Antígono: de Olimpiada, que le llamaba para que tomara bajo su amparo, y educara al hijo de Alejandro, á quien se armaban acechanzas; y de Poliporcon y el Rey Filipo, que confiéndole el mando del ejército de Capadocia, le daban orden de hacer la guerra á Antígono y de tomar del tesoro de Cindos quinientos talentos para restablecer su fortuna, y para la guerra quanto hubiera menester; y sobre estos mismos objetos escribieron tambien á Antígenes y Teutamio, caudillos

de los Argiraspidas. Como estos, leidas las cartas, en la apariencia recibiesen con agrado á Eumenes; pero en realidad se viese que estaban devorados de envidia y emulacion, desdenándose de ser sus segundos: á la envidia ocurrió Eumenes con no recibir la cantidad designada, como que nada le hacia falta; y á la emulacion y ambicion de mando de unos hombres que ni valian para mandar, ni querian obedecer, opuso la supersticion. Porque les refirió habersele aparecido Alejandro entre sueños, y haberle mostrado un pabellon magníficamente adornado, en el que habia un trono real; y que despues le dijo, que cuando se reunieran á despachar en aquel sitio, él estaria en medio de ellos, y tomaria parte en todo consejo y en toda empresa que se comenzara bajo sus auspicios. Fácilmente hizo entrar en esta idea á Antígenes y Teutamio, que no querian concurrir á su posada; así como él se desdenaba de que se le viera llamar en puerta agena. Armando pues un pabellon real y un trono destinado para Alejandro, allí se reunian á tratar los negocios de importancia. Dirigíanse á las provincias superiores; y Peucestas, que era amigo, se le agregó en el camino con todos los demas Sátropas. Juntaron en uno todas las tropas; y lo que es con el gran número de armas y la brillantez de los preparativos dieron gran fuerza á los Macedonios; pero habiéndose hecho indóciles por sus riquezas, y delicados por el regalo despues de la muerte de Alejandro; y teniendo ademas pervertidos sus ánimos y dispuestos á la tiranía con las insolencias de los bárbaros, entre sí no podian ni avenirse ni aguantarse; y por otra parte con lisonjear sin tasa á los Macedonios, gastando con ellos en banquetes y sacrificios, en breve tiempo convirtieron el campamento en un meson de pública destemplanza, é infundieron ideas demagógicas á los soldados sobre la eleccion de Generales, como en las democracias. Observando Eu-

menes que unos á otros se miraban con desprecio, y que á él le temian y trataban de quitarle de en medio, si se les presentaba ocasion, fingió hallarse falto de fondos, y tomó á rédito muchos talentos de los que mas le aborrecian: para que confiaran de él, y se abstuvieran de su mal propósito por el cuidado de no perder su dinero: de manera que la riqueza ajena vino á convertirse en defensa de su persona; y así como otros dan para que los dejen en sosiego, en él solo se verificó que al recibir debiese su seguridad.

Es verdad que los Macedonios en el tiempo de serenidad se dejaban corromper por los que los agasajaban, que frecuentaban las puertas de estos, y les hacian la guardia como á sus caudillos; pero cuando Antígono vino á acamparse inmediato á ellos con grandes fuerzas, y los negocios les arrancaron la confesion ingénuu de que necesitaban un verdadero General, no solamente los soldados se sometieron á Eumenes, sino que cada uno de aquellos, que en la paz y el regalo se ostentaban grandes, cedió entonces, y se prestó á ponerse sin chistar en el lugar que se le señaló; y en el río Pasitigris como Antígono intentase pasarle, los demas que habian sido apostados en diferentes puntos, ni siquiera le sintieron, y solo se le opuso Eumenes; el cual, trabando con él batalla, hizo en sus tropas gran destrozo, llenando de cadáveres la corriente, y le tomó cuatro mil cautivos. Mas habiéndole sobrevenido una enfermedad, entonces fue cuando principalmente se vió que si los Macedonios acariciaban á los otros por sus brillantes banquetes y fiestas, para mandar y hacer la guerra, en él solo tenian confianza. Porque habiéndoles dado una espléndida comida Peucestas, repartiendo á víctima por cabeza para el sacrificio, esperó por este medio hacerse el primero; pero al cabo de pocos dias sucedió lo siguiente. Estaban los soldados en

marcha contra los enemigos, y fue preciso que á Eumenes, que habia enfermado gravemente, se le condujese en litera á cierta distancia del campamento por la falta de sueño: á poco que habian andado se les aparecieron repentinamente los enemigos, que vencidos unos collados descendian á la llanura, y luego que desde las cumbres resplandeció con el sol el brillo de las armas de oro de una tropa que caminaba en orden, y vieron las torres de los elefantes y las ropas de púrpura, que era el adorno de que usaban cuando se presentaban á batalla, parándose los que iban los primeros en la marcha, empezaron á gritar que se llamara á Eumenes, porque no mandando él no pasaban adelante; y fijando las armas en el suelo, se daban unos á otros la voz de hacer alto, y á los gefes la de que tambien se detuvieran, y sin Eumenes no se peleára ni se aventurara accion con los enemigos. Habiéndolo entendido Eumenes, vino á ellos con celeridad, dando priesa á los que le conducian, y describiendo de uno y otro lado las cortinas de la litera, les alargaba la mano con el semblante mas placentero. Ellos por su parte luego que le vieron, le saludaron en lengua macedónica, levantaron en alto los escudos, y haciendo ruido con las azonas, provocaron con algazara á los enemigos, manifestando que ya habia llegado su General.

Noticioso Antígono por los cautivos de que Eumenes se hallaba doliente, y que por su mal estado era preciso le llevaran en litera, creyó que no seria de gran trabajo derrotar á los demas durante su enfermedad: así se apresuró á darles batalla. Mas cuando al estar cerca de los enemigos, que ya se hallaban prestos, observó su formacion y su admirable orden, se quedó parado por un rato. Vióse luego la litera, que era conducida de la una ala á la otra; y entonces, echándose á reir Antígono á carcajadas, como solia, dijo á sus amigos: aquella litera segun se vé,

es la que nos hace la guerra; y al punto retrocedió con sus fuerzas, y se volvió al campamento. Los del otro partido apenas respiraron un poco perdieron de nuevo la subordinacion, y dándose al regalo, á ejemplo de los gefes, ocuparon para invernarse casi toda la region de los Gabenos: de manera que los últimos tenían sus tiendas á cerca de mil estadios de distancia de los primeros. Luego que lo supo Antigono, marchó otra vez contra ellos de sorpresa por un camino áspero y desprovisto de agua, pero cortó, y por el que se atajaba mucha tierra, esperando que si los sobrecogía tan desparramados en sus cuarteles de invierno, ni siquiera les habia de ser fácil á los caudillos el reunirlos. Mientras asi caminaban por un terreno inhabitado, sobrevinieron huracanes fuertes y crudos hielos, que estorbaron la rapidez de la marcha, molestando y fatigando al ejército: fué pues recurso preciso el encender muchas hogueras. De aqui nació el ser descubiertos por los enemigos: porque aquellos bárbaros, que apacentaban sus ganados en los montes que miraban hácia el desierto, admirados de ver tantos fuegos, despacharon mensajeros en dromedarios para dar aviso á Peucestas. Luego que recibió esta noticia con el temor salió fuera de sí, y viendo á los demas en igual disposicion, determinó huir, llevándose tras sí á los soldados que encontraba al paso; pero Eumenes desvaneció su turbacion y su miedo, ofreciéndoles que contendría la celeridad de los enemigos, de manera que llegarían tres dias mas tarde de lo que se esperaba. Diéronle asenso, y al mismo tiempo que envió órdenes para que todas las tropas se reunieran sin dilacion desde sus respectivos cuarteles, montó á caballo con los demas caudillos, y escogiendo en las cumbres un lugar que estuviera bien á la vista de los que caminaban por el desierto, midió en él las distancias, y mandó que de trecho en trecho encendieran fuegos

del mismo modo que si hubiera un campamento. Hizose asi, y descubiertas las hogueras por Antigono desde los montes, le sobrevino gran pesar y desaliento, por parecerle que muy de antemano lo habian sabido los enemigos, y marchaban en su busca. Para no verse pues en la precision de haber de pelear cansado y fatigado del camino contra tropas prevenidas y descansadas, abandonando el atajo hizo la marcha por las aldeas y ciudades, para reponer de esta manera su ejército. Como no encontrase ningun estorbo de los que se encuentran siempre cuando los enemigos se hallan cerca, y los paisanos le dijese que no se habia visto ningun ejército, y si todo aquel sitio lleno de hogueras, conoció que habia sido burlado por Eumenes; y mortificado sobremanera continuó con ánimo de que la contienda se decidiese en formal batalla.

En esto, reunida la mayor parte de la tropa del ejército de Eumenes, celebrando su gran talento, resolvió que él solo tuviera el mando. Disgustados y resentidos de ello los caudillos de los Argiraspidas, Antigenes y Tentamo, empezaron á pensar en los medios de perderle, y teniendo una junta con los mas de los otros Sátrapas y caudillos, trataron de cómo y cuándo habian de acabar con Eumenes. Como conviniesen todos en que para la batalla se valdrian de él, y terminada le quitarian del medio, Eudamo, conductor de los elefantes, y Faidimo dieron secretamente parte á Eumenes de lo determinado; no por amistad ó inclinacion, sino por el cuidado de no perder el dinero que le tenian dado á logro. Mostróseles agradecido Eumenes; retiróse á su tienda; y diciendo á sus amigos que estaba rodeado de una caterva de fieras, ordenó su testamento. Rasgó despues y rompió las cartas y escritos que conservaba, no queriendo que despues de su muerte se suscitaran pleitos y calumnias contra sus autores. Ar-

regladas estas cosas, estuvo perplejo entre poner la victoria en manos de los enemigos, y huir por la Media y Armenia para meterse en la Capadocia; pero á nada se resolvió cercado de los amigos; sino que impelido su ánimo por el mismo conflicto á mil diversos pensamientos, por fin ordenó el ejército, exhortando á los Griegos y á los bárbaros; y siendo á su vez alentado por la falange y los Argiraspidas con la voz de que no los esperarían los enemigos. Eran estos los soldados veteranos del tiempo de Filipo y de Alejandro, atletas nunca vencidos en la guerra, y que habían llegado hasta esta época, teniendo los mas de ellos setenta años, y no bajando ninguno de sesenta. Por esta causa al acercarse á los soldados de Antígono les gritaron: „¿contra vuestros padres haceis armas, malas cabezas?“, y cargando con furia, en un momento destrozaron toda su falange, no haciéndoles nadie resistencia, y pereciendo casi todos á sus manos: así en esta parte fue Antígono enteramente derrotado; pero con la caballería quedó vencedor; y como Peucestas hubiese peleado floja y cobardemente, tomó todo el bagage, ya porque en el peligro obró con el mayor cuidado y vigilancia, y ya tambien por favorecerle el terreno: porque este era una llanura vasta, no profunda, ni dura y firme, sino arenosa y llena de un salitre seco y enjuto, que pisoteado por tantos caballos y tantos hombres todo el tiempo que duró la acción, levantaba un polvo parecido á la cal viva, que emblanquecía el aire, y quitaba la vista; con lo que pudo mas facilmente Antígono sin ser visto apoderarse de los equipages de los enemigos.

No bien se hubo terminado la batalla cuando Teutamo y los de su facción enviaron embajadores en reclamacion del bagage; y habiéndoles Antígono ofrecido la restitucion de este, y que en todo los complaciera con tal que consiguiese tener en sus manos

á Eumenes, tomaron los Argiraspidas una resolución dura y terrible, que fue la de entregar á Eumenes vivo en manos de sus enemigos. Empezaron por presentársele sin causar sospecha, para tenerle así en observacion, y con este objeto unos se lamentaban de la pérdida de los equipages; otros le daban ánimo, pues que había quedado vencedor; y otros culpaban á los demas caudillos; pero despues, arrojándose sobre él, le quitaron la espada, y con su mismo ceñidor le ataron las manos á la espalda. Como viniese luego Nicanor, enviado por Antígono para entregarse de él, pidió que pasándole por entre los Macedonios, se le permitiera hablar, no para interponer ruegos ó disculpas, sino para advertirles de lo que les convenia. Habiéndose impuesto silencio subió á un sitio un poco elevado, y tendiendo las manos atadas, „¿podria ni por sueño, exclamó, ó los mas malvados de los Macedonios, levantar contra nosotros Antígono un trofeo como el que levantaís vosotros contra vosotros mismos, entregando „captivo á vuestro General? ¿puede darse cosa mas vergonzosa que él que siendo vosotros vencedores, „os confeseis vencidos á causa del bagage, como si „el vencer pendiera de las riquezas y no de las armas, y aun entregueis á vuestro General por rescate de unos equipages? Yo por mí sufro esta violencia invicto, porque he vencido á los enemigos, „y mi ruina me viene de mis propios aliados; mas „vosotros, por Júpiter poderoso, y por los Dioses „que presiden á los juramentos, dadme aqui la muerte en obsequio de ellos. Si aqui me quitais la vida, „me reconozco hechura vuestra; y no temais las

^r Justino dice que antes de hablar se le habían aflojado las ataduras; y solo habiéndosele ligado de otro modo pudo tenderlas á los Macedonios. Plutarco en la narracion suele ser demasiado rápido y conciso.

quejas de Antígono, porque como quiere á Eumenes es muerto, no vivo. Sino quereis emplear vuestras manos, una de las mias desatada bastará para cumplir la obra; y si desconfiais de poner en mi mano una espada, arrojadme atado á las fieras: que si asi lo haceis, yo os doy por libres de toda venganza, considerándoos como los hombres mas piadosos y justos que haya habido jamas para con su General."

Al hablarles asi Eumenes, las tropas se mostraban oprimidas de dolor, y prorumpieron en llanto; pero los Argiraspidas gritaron: "que marcharan con él, y no se diera oídos á aquellas chochezes, pues no debía atenderse á las quejas de un miserable Quersonesita, que en mil guerras habia dejado desnudos á los Macedonios; sino á que los primeros entre los soldados de Alejandro y de Filipo des pues de tantos trabajos no quedaran privados del premio en su vejez, teniendo que recibir el sustento de otros, y siendo ya tres las noches en que sus mugeres eran afrentadas por los enemigos;" y al mismo tiempo se le llevaron á toda priesa. Antígono, temiendo á la muchedumbre que acudia, porque no habia quedado nadie en el campamento, envió diez de los mas valientes elefantes, y gran número de lanceros Medos y Partos, para oponerse al tropel. Por su parte no pudo resolverse á ver á Eumenes, á causa de su antiguo trato y amistad; y habiéndole preguntado los que se habian encargado de su persona cómo le guardarian, como á un elefante, les respondió, ó como á un león. Túvole despues alguna lástima, y dió orden de que se le quitaran las prisiones pesadas, y se le consintiera tener á su lado un joven de su confianza para ungirle: permitiéndole ademas que de sus amigos le visitasen los que quisieran, y le proveyesen de lo que hubiera menester. Como hubiese estado muchos dias pensando

qué haria de él, escuchó los ruegos y las ofertas que en su favor hacian Nearco Cretense, y su hijo Demetrio, que aspiraban á salvar á Eumenes; cuando todos los demas se oponian y le instaban para que se deshiciera de él. Refiérese haber preguntado Eumenes á Onomarco, encargado de su custodia, por que Antígono, teniendo en su mano á un hombre que era su enemigo y su contrario, ó no le quitaba la vida cuanto antes, ó no le dejaba libre usando de generosidad; y que habiéndole Onomarco respondido con desden, que no era entonces cuando habia de mostrar arrogancia y desprecio de la muerte, sino en la batalla, le replicó Eumenes, por Júpiter que tambien entonces le tuve: pregunta sino á los que han venido conmigo á las manos; porque no he encontrado ninguno que me haga ventaja; á lo que habia repuesto Onomarco: pues ya que ahora le has encontrado, ¿por qué no aguardar su disposicion?

Cuando ya Antígono se resolvió á que se acabara con Eumenes, mandó que se le quitara el alimento; y por dos ó tres dias se le tuvo sin comer para que así falleciese; pero habiendo sido preciso levantar repentinamente el campo, introdujeron un hombre que le quitó la vida. El cadaver lo entregó Antígono á sus amigos, permitiéndoles quemarlo, y que recogieran en una urna de plata sus despojos, para ponerla en manos de su muger y de sus hijos. Habiendo sido de este modo asesinado Eumenes, la divinidad por sí no dió castigo alguno á los demas caudillos y soldados que fueron traidores contra él; pero el mismo Antígono, habiendo echado lejos de sí á los Argiraspidas como impíos y feroces, los entregó á Iburcio, Gobernador de Aracosia, con orden de que por todos medios los atormentara y destruyera, para que ninguno de ellos volviera á poner el pie en la Macedonia, ni á ver el mar de Grecia.